Paz y Bien.
XVII Domingo durante el año.
24-VII-2005

Textos:
I Rey: 3, 5-ba. 7-12.
Rom.: 8, 28-30.
Mt.: 13, 44-52.

"Concede...a tu servidor un corazón comprensivo…para discernir entre el bien y el mal" (I Rey 3, 9).

En continuidad con los domingos anteriores, Jesús nos habla, en parábolas, del Reino de los cielos, uniéndose a la predicación de Juan el Bautista, ambos tienen el mismo tema profético: "Arrepentíos, porque el Reino de los cielos está cerca" (Mt. 3,2). De esta manera el Reino constituye el núcleo primero y central de la predicación de Cristo. "Se ha cumplido el tiempo, está cerca el Reino de Dios" (Mc. 1, 15), con estas palabras Jesús comienza su predicación.

"Este Reino, que en Jesús irrumpe en la vida y en la historia del hombre, constituye el cumplimiento de las promesas de salvación que Israel había recibido del Señor" (Juan Pablo II, Catequesis 1982).

Jesús alude a esta esperanza del Antiguo Testamento y proclama su cumplimiento por medio de las parábolas que venimos escuchando estos domingos: la cizaña en medio del trigo (Mt. 13, 24-30) y la red para pescar (Mt. 13, 47-52), se refieren sobre todo, a la presencia, ya operante, de la salvación de Dios.

Finalmente, las parábolas del tesoro escondido y de la perla preciosa (Mt. 13, 44-46), expresan el valor supremo y absoluto del Reino de Dios: quien lo percibe, está dispuesto a afrontar cualquier sacrificio y renuncia para entrar en él.

Este reino que Cristo, como evangelizador, nos anuncia es "tan importante que, en relación a él, todo se convierte en lo demás (…). Solamente el Reino es pues absoluto y todo el resto es relativo" (E N 8).

Cristo, el gran obediente, "para hacer la voluntad del Padre, inaugura en la tierra el Reino de los cielos" (L. G. 3), pues la voluntad del Padre es "elevar a los hombres a la participación de la Vida Divina" (L. G. 2).

La Constitución sobre la Iglesia, nos enseña la relación que existe entre Cristo y la Iglesia en relación al Reino al afirmar que si el "Reino se manifiesta en la Persona de Cristo, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, (…) la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador (…) recibe la misión de anunciar y establecer el Reino de Cristo y de Dios, en medio de todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y principio de este Reino". (L. G. 5).

De esta manera, el Reino de Dios se nos muestra, como una realidad viva, dinámica. La levadura en la masa.

Hermanos, ante la oferta de tantos reinos, virtuales, ilusorios y fantasiosos; que se nos presentan como verdaderas tentaciones con sus cantos de sirenas, debemos discernir sobre cual es el reino por el que vivo y lucho.

Debemos pedir “al Espíritu que viene en ayuda de nuestra debilidad” (Rom. 6, 26) el don de la prudencia y la sabiduría, que pidió Salomón, para poder crecer en el amor y el sentido de lo verdadero (esprit de vérité) que tenía Santa Teresita y que la llevó a decir: “Solo puedo alimentarme de la Verdad” (D. E. 5, 9. 4).

No debemos aspirar a reinos ilusorios y a vivir de las fantasías ni alimentar con esto a nuestros jóvenes, debemos prepararlos para el mundo real, donde hay límites, dolor, renuncia; no debemos estar satisfechos porque lean cierta literatura que no los prepara para el mundo real al que se tendrán que enfrentar y entonces se darán cuenta que las escobas no vuelan. Todo esto los instala en la inmadurez que se termina tornando crónica.

El camino del Reino de los cielos que Jesús nos propone, no es ilusorio ni de fantasías y baratijas, es el Reino de la madurez humana que da la santidad, por esto Santa Teresita buscaba una santidad en la que no se encuentra “ninguna ilusión” (A, 78 1º).

Hermanos, somos buscadores de tesoros y perlas, somos buscadores del Reino, somos levadura en la masa, por esto trabajemos para crecer en el sentido de lo verdadero y con Santa Teresita pidamos al Señor:

“Ilumínanos, Tú sabes que buscamos la verdad” (B, 4 vº).

Amén.

G. in D.